

DISCURSO INAUGURAL

PRONUNCIADO EN EL

INSTITUTO PROVINCIAL

DE

SEGUNDA ENSEÑANZA

Y ESCUELAS INDUSTRIALES DE COMERCIO Y NAUTICA

DE MÁLAGA,

EL 1.° DE OCTUBRE DE 1856.

En la apertura solemne del curso académico de 1856 *á* 1857,

POR

Don Francisco Lacueva,

CATEDRÁTICO DE CLASICOS DE DICHO ESTABLECIMIENTO.



MÁLAGA.

IMPRENTA DE D. SANTIAGO CASILARI.

1856.

Señores:

Hace cuatro años tuve el honor de ocupar este sitio y dirigiros desde él mi débil é infacunda voz en una solemnidad literaria igual á la que hoy nos reune. Creí entonces oportuno, y hasta cierto punto necesario, hacer una ligera reseña de las materias que comprende la segunda enseñanza, cual se halla entre nosotros constituida, y demostrar su grande importancia, por la inmensa utilidad que de cultivarlas resulta á la sociedad, porque entonces no solamente no era aun bastante conocida de todos, y pluguiera á Dios lo fuera ya, sino que por muchos se combatia como inútil, cuando menos, dicha enseñanza, á pesar del tiempo trascurrido desde que empezó á plantearse en nuestra nacion, y egercer su benéfica y provechosa influencia.

Por lo mismo, no debiendo hacerme cargo en este discurso del conjunto de las indicadas materias, y pareciendo natural me ocupe en hablar de alguna de ellas en particular, para dilucidarla mas, y manifestar con mayor estension su utilidad por sus aplicaciones, la conveniencia, y aun mi propio decoro exigen prefiera para ello

la que teniendo por objeto hermosear, dar brillo y energía al don divino de la palabra, enseña á comunicarle en cierto modo el poder, privativo y peculiar de la Divinidad, de mover el corazon del hombre, y determinarle, á veces de un modo irresistible, á obrar conforme á la voluntad del que tan poderoso instrumento maneja. Ya comprendeis, Señores, que aludo á la Retórica.

En efecto, contando con vuestra indulgencia que imploro, y esperando de vuestra erudicion y aficion á las letras humanas me la otorgareis benignamente, me propongo hablaros en este breve rato sobre la naturaleza, excelencia, utilidad en general, y necesidad en multitud de casos especiales de esta rama tan principal de la literatura.

Por medio de la palabra se comunican los hombres sus pensamientos, y aunque no sirviera para otra cosa, seria ya un don de Dios de inestimable valor. Mas produce todavia otro efecto no menos apreciable, cual es el poder conservar con su auxilio las ideas en el entendimiento, para de este modo combinarlas, y deducir unas de otras, ó juzgar y raciocinar, ensanchando así la esfera de la inteligencia.

Pero si son maravillosos estos dos efectos de la palabra, aun lo es mas el poder de trasmitir por su medio á los ánimos de los demas los juicios que de las cosas formamos, y los sentimientos, los afectos y las pasiones de que estamos poseidos y dominados, haciéndoles abrazar nuestras opiniones, experimentar las mismas conmociones, y decidirlos á seguir la línea de conducta que les trazamos; en una palabra, el de *persuadirles.*

¿Quién ignora que en fuerza de su elocuencia consiguió Pericles que los atenienses desterrasen á Cimon y Tucidides, sus ilustres rivales, y que egerció durante cuarenta años un poder, en cierto modo monárquico, en un pueblo tan turbulento como el de Atenas? ¿Que cuando este grande hombre pronunció el elogio de los soldados muertos en la guerra de Samos, levantándose sus madres y sus viudas, que lloraban sobre los huesos de sus hijos y esposos perdidos, arrebatadas del encanto de sus palabras, corrieron en tropel á abrazarle, le condugeron cantando, y le coronaron de flores? ¿Que un discípulo de Isco, nacido en la aldea de Peanion, viendo inmi-

nente la ruina de su patria, y venciendo para evitarla los obstáculos de todas clases que la naturaleza le oponia, llegó á ser *Demóstenes*, ó la fuerza del pueblo? La lucha de este genio orgulloso, amante de la gloria y de la libertad, debatiendo él solo contra Filipo y en un siglo envilecido, y no dudando refugiarse á la muerte para escapar de una tirania victoriosa, será siempre uno de los espectáculos mas sublimes que la historia puede presentar á la admiracion de los siglos. Atenas erigió á su ilustre mártir una estatua de bronce, que Plutarco llegó á ver, en la cual se leia: «Si la fuerza de tu brazo, ó Demóstenes, hubiera igualado á tu genio, nunca el Marte macedonio hubiera esclavizado á la Grecia."

Pasando de la historia profana á la sagrada y eclesiástica. tambien en esta encontraremos ejemplos del poder de la palabra. Si Jesucristo, pudiendo valerse siempre de medios sobrehumanos y extraordinarios para el establecimiento de su divina religion, no tuvo sin embargo por conveniente emplear ordinariamente otro para hacer abrazar su doctrina que el que era conforme á la naturaleza del hombre, la persuacion, convenciendo el entendimiento y moviendo el corazon, para que el homenage á ella prestado fuese, como dice el Apóstol, enteramente racional; no puede dudarse de que la oratoria habia de ejercer un grande influjo, y tener una parte muy principal en el establecimiento, propagacion y conservacion del cristianismo.

Pudo muy bien el Redentor del linage humano disponer que los Apóstoles, ó enviados á noticiar á las naciones del mundo la feliz nueva. ó su Evangelio, anunciasen sencillamente la doctrina que le habian oido, para que todos la abrazasen, no solo sin la menor repugnancia ni contradiccion, sino con el mayor entusiasmo. Sin embargo, siendo hombres rudos, ignorantes y faltos de elocuencia, los prepara para desempeñar mision tan santa y elevada, llenándolos del Espíritu Santo, que los trueca repentinamente en sabios y elocuentes.

Solo asi puede esplicarse la conversion al cristianismo de los magnales. de los fuertes, de los sábios, colmados de riquezas, poder y orgullo, á una religion de mansedumbre, tan crudamente perseguida, muchos de los cuales se constituyeron en sus principales panegiristas.

De este modo, cuando la elocuencia libre habia acabado para la Grecia, y el déspota romano echaba por tierra la patriótica, se introducia un nuevo género de oratoria desconocida de los paganos, que auxiliada por el valor de los cristianos y la verdad de su doctrina, apareció tan grande como la causa que le diera origen. Ella sostuvo la omnipotencia, sabiduria y bondad de un solo Dios, criador y director de lo pasado, lo presente y lo futuro; ella habló al corazon del hombre y á la inteligencia del sabio, y trabajó incesantemente para unir la humanidad entera bajo los vínculos de una familia universal, en la que, hermanos todos, todos fueran iguales, y mútuamente queridos. Asi, la elocuencia con el dominio de la religion cristiana, creció de una manera vigorosa, brillando al predicar, y enseñando sus doctrinas en el púlpito, desde que Constantino habia dado la paz á la Iglesia.

Mas no debe confundirse la Retórica con la Elocuencia, ni con la Oratoria, pues existen entre estas tres cosas diferencias muy marcadas.

La Elocuencia, en su causa, es la disposicion natural por la que un hombre puede engrandecer y adornar un asunto de un modo admirable y magnífico, y abrazar con su mente y su memoria todas las fuentes de cuantas cosas pertenecen á la Oratoria; y en su efecto, el modo de egercicio de esta disposicion, que puede aumentarse y perfeccionarse con el estudio, el trabajo y la práctica. Asi, la elocuencia es una facultad compleja del alma, y producto de otras varias; mientras la Retórica es la coleccion de las leyes reguladoras del egercicio de la elocuencia; esta es la teoría, aquella la práctica.

La Oratoria es la facultad, tomando esta palabra en su acepcion académica, que hace ser elocuente de un modo á propósito para persuadir; esto es, agradar á la imaginacion, convencer al entendimiento y mover el corazon. Si á cada úna de las demas facultades la constituye un conjunto de ciencias determinadas, para constituir la oratoria es necesario el concurso de todas las ciencias y de todas las artes liberales; por lo que era máxima fundamental entre los antiguos *quod omnibus disciplinis et artibus debet esse instructus orator;* máxima que nuestro docto D. Gregorio Mayans y Siscar traduce en su *Oracion sobre la elocuencia española*, diciendo, «que el comun consentimiento de los doctos solo ha tenido por elocuentes á aquellos que

estuvieron dotados de un conocimiento universal de casi todas las ciencias." Por esta razon confundian los griegos bajo el nombre de sabiduría el arte de pensar rectamente y el de bien decir; y Ciceron, en su tratado *de Oratore*, hace opinar á Craso, que la precipitada ruina de la elocuencia debe atribuirse en gran parte al funesto divorcio de estas dos facultades, de que se acusa principalmente á Sócrates; y por la misma, Quintiliano exige «que el orador sea tal, que con razon se pueda llamar sábio"; y no duda asegurar, «que si Platon sobresalió en las dotes que deben adornar al orador, fue, porque no contento con las ciencias que pudo aprender en Atenas, ni con la doctrina de los pitagóricos, á quienes se dirigió en Italia, acudió tambien á los sacerdotes egipcios, en cuyos misterios se inició.

Y en realidad, si el orador, el hombre digno de tan respetable nombre, es, al decir de Ciceron, «el que sobre cualquier asunto que haya de esplicar valiéndose de la palabra, puede hablar con sabiduría, órden, ornato y de memoria, y cierta dignidad de la accion;» ó. como él mismo se espresa en otro lugar, «el que puede emplear palabras gratas al oido, y sentencias acomodadas para probar en los negocios forenses y en los comunes, y está, ademas, dotado de voz, accion y cierta gracia», no puede caber la menor duda en que su ciencia ha de ser universal; porque «la dialéctica, dice el citado Mayans, debe dirigir y regular al entendimiento; la filosofía natural en su ocasion averiguar y descubrir las ocultas causas de las cosas; la metafísica traspasar el ser natural de ellas, y sus materiales términos; la moral decidir segun los dictámenes de la razon natural; la teología elevar los pensamientos humanos al conocimiento de los divinos misterios, que sin la luz sobrenatural no se pudieran alcanzar; la historia enseñar deleitando; la retórica brillar; la música formar una gustosa consonancia, y todas las facultades y ciencias hacer su deber."

Mas no se crea por esto que exigimos, ni es necesario, que tenga el orador un conocimiento estenso y profundo en todas y cada una de las ciencias y artes, ni que hable de ellas con la ostentacion científica de un disertador. Cumple á nuestro propósito que de todas, ó la mayor parte, tenga una ligera tintura, la suficiente para poder echar mano de ellas con fruto en caso necesario. Cada

ciencia, cada profesion tiene su vocabulario peculiar, cuyo conocimiento es mas necesario de lo que se cree al buen orador, para usar siempre de los términos de una acepcion mas general y conocida, bien que peculiares á las cosas de que trata.

Los triunfos que desde las épocas mas remotas ha obtenido la elocuencia, y las distinciones de que han sido objeto entre sus contemporáneos los que sabian usar oportunamente de la palabra, é imprimir á su voz toda clase de afectos para comunicarlos á sus oyentes, fueron al principio patrimonio de algunos seres privilegiados, á quienes la naturaleza habia dado la potestad de dominar á los demas por su sobresaliente modo de decir; seres á quienes guió un dichoso instinto, y cuyos escritos se constituyeron en modelos, y se consultaron para imitarlos, buscando en ellos el artificio, desconocido á sus mismos autores, que producia el deleite juntamente con la luz.

Si alguna desigualdad natural existe entre las inteligencias humanas, bien pronto desaparece ante las que introduce el arte., cediendo la ventaja á favor de este instrumento del espíritu.

Pero este instrumento, tan poderoso, y al mismo tiempo tan necesario á nuestra flaqueza, parece que se oculta al pensamiento, aunque es en gran parte obra suya, y nos servimos de él, por lo regular, sin echarlo de ver; de modo que podria decirse que obra en nosotros y sin nosotros, aun cuando le empleamos con la mayor destreza y seguridad.

Hablamos naturalmente de un modo á propósito para persuadir, aun ántes de averiguar cómo se hace esto; y de consiguiente, sin sospechar siquiera que hay un arte de persuadir, una Retórica artificial, que puede guiarnos para hacerlo con seguridad y acierto. En esto, como en todo, la práctica ha precedido á la teoría.

Las reglas, pues, de la Retórica no se han formado *á priori*. ó por una serie de raciocinios abstractos, independientes de los hechos y de las observaciones.

Participando la Retórica de la naturaleza de la elocuencia y de la oratoria, no puede menos de participar tambien de su excelencia; por lo que, demostrada la de estas dos últimas, se patentiza asimismo la de la primera.

Vir bonus dicendi peritus era la definicion que daban los antiguos del orador; y queriendo Quintiliano darle á conocer, dice: *Oratorem autem instituimus illum perfectum, qui esse, nisi vir bonus non potest; ideoque, non dicendi modo eximiam in eo facultatem, sed omnes animi virtutes exigimus.* Una célebre escritora francesa (*) ha dicho «que estudiar el arte de mover es aprender la virtud": y otro filósofo no menos célebre de la misma nacion (**) «que jamas ha sido sublime una alma corrompida."

En efecto, los sentimientos mas eficaces para mover los corazones de los demás, se derivan de una virtud sólida y verdadera, porque sola esta puede inspirar pensamientos generosos, sentimientos vivos, la admiracion de todo lo que es grande, y ser producto de una fuerte y tierna sensibilidad á los agravios, trabajos é incomodidades de sus semejantes.

Por esta razon son tan necesarias al orador las costumbres oratorias ó cualidades, por cuyo medio concilía á su persona la estimacion y el interes, y al asunto de que trata la simpatía del auditorio; pues no concedemos nuestra estimacion y confianza, sino á las personas que nos parecen merecerlas por sus cualidades morales. Pero el orador tiene necesidad de ellas, porque en vano alegaría las pruebas mas convincentes, si fuese despreciado, si no obtuviese la confianza de su auditorio.

Así, el orador que alaba ó vitupera, aumenta la autoridad de sus elogios ó de su censura, si goza la opinion de sinceridad. Del orador político ó parlamentario se espera independencia, amor ilustrado del bien público, y decision total por los intereses de su pais. Del predicador el conjunto de virtudes que se comprende bajo el hermoso nombre de caridad; y del abogado un sentimiento muy delicado de la justicia, y una probidad á toda prueba.

Si la Retórica es la parte técnica ó práctica de la elocuencia, la reguladora de la oratoria, su utilidad es grande é indisputable, y se comprende facilmente porque en todos tiempos ha sido cultivada con esmero por la porcion mas ilustrada de los diferentes pueblos que han dejado en el mundo una señal de civilizacion, y en espe—

(*) La Sra. de Stäel.
(**) El Sr. Voltaire.

cial por los que han estado al frente del gobierno en los que han gozado de libertad, por ser imposible que la inteligencia que dirige á los ciudadanos de un estado libre pueda pasarse sin su consentimiento.

Y en realidad, si los hombres pueden distinguirse unos de otros por sus modales y sus costumbres, aun se distinguen mas por el modo de espresarse y dar colorido á los pensamientos que enuncian, revistiéndolos de ese caracter que tanto realce da á la inteligencia, que le comunica, por decirlo así, una segunda vida, y que hace á veces de un individuo un ser estraordinario, de cuya palabra penden las voluntades de una multitud entera.

Mas esto no se consigue con solo emplear la palabra de cualquier modo, pues si así fuese, lo conseguirian todos los que hablan; sino empleándola con ciertas condiciones, siguiendo ciertas reglas, cuyo conjunto forma la Retórica.

He dicho que la elocuencia es un don del cielo, anterior á las reglas de la Retórica, porque la naturaleza hace elocuentes á los hombres animados de grandes intereses y agitados por violentas pasiones. Mas esto debe entenderse de solos ciertos dichos ó rasgos sueltos, de las breves oraciones producidas por sola la imaginacion, una pasion momentanea, empleados por hombres de buen juicio, movidos de un impulso natural, y no del estilo, de la composicion, ó de una pieza enteramente elocuente; porque la naturaleza no lo es siempre, sino en ciertos arranques.

Por lo mismo son necesarias las reglas del arte, que recapituló estos dichos, estos rasgos y estas frases; las definió, las calificó, las ordenó y clasificó, formando de todo un cuerpo de doctrina de elocucion para los que se dedican á la Oratoria, en cuyo egercicio poco hubieran aprovechado, si no hubiesen tenido bien leidas y meditadas sus reglas y la aplicacion de los egemplos. Y si estas no pueden suplir por todo, porque el uso que de ellas debe hacerse, la oportunidad de los casos y las circunstancias no dependen ya del mecanismo del arte, y sí de la discrecion, del feliz tino y del buen gusto del que habla ó escribe, pueden, como quiera, ayudar en muchas cosas útiles, por lo que no puede dejar de estar aun mas familiarizado con las reglas el que ha de hablar ó escribir.

No pueden estas, á la verdad, dar ingenio al que la naturaleza se lo ha negado, pero pueden ayudarle y dirigirle, así como un guia ó un báculo no prestan fuerzas para caminar al que no las tiene, y si conduce el primero por el mejor camino, impidiendo al mismo tiempo estraviarse, y sirve de apoyo el segundo para caminar con mayor firmeza y mas seguridad. No remediarán la pobreza, pero pueden corregir la redundancia, pues le señalan los modelos dignos de ser imitados, presentan las bellezas principales que se deben estudiar, y los defectos que se han de evitar, sirviendo de esta suerte para ilustrar el gusto, y llevar al ingenio, de los senderos torcidos al camino recto y natural. Si no aprovechan para producir grandes bellezas, sirven, á lo menos, para evitar errores considerables.

Por último, sirve la Retórica para señalar el rumbo de las pasiones y de la fantasia; para dirigirlas sin amortiguar su vuelo; para ponernos á la vista los derrumbaderos en que se han despeñado, y en que podemos caer nosotros si no estamos fuertemente sostenidos por la crítica, y vamos guiados por el buen gusto; sirve para admirar las bellezas, no dejarnos deslumbrar por una falsa elocuencia, y habituarnos por este medio á que nuestros sentimientos vayan siempre de acuerdo con la razon. En suma, la Retórica es la historia filosófica de las pasiones avivadas por la imaginacion, y nos prescribe lo que debemos hacer, por lo que ellas han hecho constantemente.

El estudio de la Retórica tiene tambien la particular ventaja de poner en egercicio nuestra razon sin fatigarla; de guiar á investigaciones sutiles, mas no penosas; de derramar flores en el camino de las ciencias; y de que, al paso que conserva en actividad el ánimo, le alivia del trabajo fatigoso consiguiente á la adquisicion de la erudicion necesaria, y á la investigacion de las verdades abstractas.

No se me oculta, sin embargo, que algunos tienen las reglas por trabas inútiles, y aun perjudiciales. El hombre de genio, dicen, las descubre por si solo y las practica. Pero las reglas no sugetan mas que los estravios de la razon, y nunca á un claro ingenio; al contrario, este marcha siempre sostenido por ellas para producir de consuno la regularidad y la armonia. Los preceptos dicen al artista

lo que debe hacer y omitir para acercarse á la mayor perfeccion: estan fundados en la naturaleza de las cosas, y sin practicarlos es altamente difícil que las obras puedan agradarnos.

Por lo demas, la Retórica no es un arte frívolo de que se vale un declamador para alucinar la débil imaginacion de la multitud, y traficar con la palabra. Es, al contrario, muy grave, destinado á enseñar, á gobernar las pasiones, corregir las costumbres, servir de apoyo á las leyes, dirigir las deliberaciones públicas, y hacer á los hombres buenos y dichosos. No son, pues, los retóricos viles mercenarios, obreros dé palabras, que habituan á sus discípulos á armarse de equívocos y de sofismas, y á defender el *pro* y el *contra;* son, sí, varones respetables que enseñan á defender la causa de la inocencia en los tribunales, la del Estado en el Parlamento, y la de la Religion y la virtud en la cátedra del Espíritu Santo.

Hablando el orador no solo para darse á entender, pues, al decir de Ciceron, *nemo extulit eum verbis, qui ita dixisset, ut qui adessent intellexerint quod dixerit,* sino tambien, y principalmente, para convencer, mover y deleitar; y no pudiendo entrar este deleite en el entendimiento y el corazon sin pasar por la imaginacion, á la cual es necesario hablarle en su idioma, el lenguage oratorio debe estar revestido de ciertos adornos, sin los cuales, desnudo de atractivos, lejos de producir el efecto deseado en los ánimos de los oyentes, servirá solo para cansarlos y fastidiarlos con su aridez y llaneza; porque es grande y perjudicial error el creer que basta alegar pruebas y razones convincentes para persuadir; podrá, á lo mas, probarse la verdad del aserto, mas no mover el corazon, y la conviccion del entendimiento será estéril; y aun cuando bastase, no lo conseguiría tan fácilmente, ni por eso seria menos necesario el ornato y belleza del lenguage, de que proviene el placer; porque contribuye poderosamente al buen éxito de lo que el orador se propone; pues los que escuchan con placer, prestan mayor atencion á lo que se les dice, lo creen con mas facilidad, se dejan llevar del mismo deleite, y aun á veces arrebatar de la admiracion.

Estos adornos, que ponen en juego la imaginacion, en movimiento la pasion, se deben emplear con tino y discrecion, y han de estar exentos de todo vicio, si han de producir el efecto deseado.

Y esto es cabalmente lo que enseña la Retórica, y en lo que consiste toda su utilidad, y aun su necesidad. Cierto es que sus reglas no sugerirán una descripcion viva y animada, ó una brillante metáfora, &c.; pero señalarán al orador las cualidades que deben adornar á estas figuras, y los vicios de que han de estar exentas, para el recto uso de ellas; pues las figuras, dice el ya citado Quintiliano, empleadas con oportunidad, sirven para embellecer la oracion, y la deslucen usadas fuera de tiempo.

Pero lo que mas convence de la necesidad absoluta del estudio de la Retórica para los que tienen la de hablar en público, es la consideracion de que nadie que la ignore puede aprovecharse del conocimiento que otro tenga de sus reglas, porque solo puede servir al que le posee, siendo precisamente individual y racional su aplicacion, al contrario de lo que sucede con las demas ciencias, cuyas aplicaciones meramente empíricas, están al alcance aun de los que no las saben. Asi, una nacion en que las ciencias se cultivasen poco, podria, no obstante, adelantar su industria, aprovechándose para ello de las luces de otras mas aventajadas; y vemos todos los dias empleados en la práctica de las artes los procedimientos que los sábios han deducido de las teorías científicas, con la circunstancia de que los simples artistas los emplean con mucha mas habilidad y destreza con que pudieran hacerlo los mismos que los han inventado y prescrito; al paso que careceria de oradores dignos de este nombre, si en ella no se cultivaba el estudio de la Retórica; mas no de esa Retórica nimia en presentar reglas, ridícula en poner nombre á todo, y necia por no ser mas que un arte de términos, que puede avenirse con la escasez de talento, la pobreza de imaginacion y la frialdad del alma, y cuyos preceptos, por no estar fundados en el conocimiento de la naturaleza del hombre, y no haber presidido la filosofía á su redaccion, se reducen á un conjunto de innumerables nombres exóticos, de figuras que solo pueden servir para confundir y fastidiar, ó hacer sofistas y charlatanes.

Me he esforzado en llenar el objeto que me propuse, procurando dar á conocer la naturaleza de la Retórica, manifestando su excelencia, y probando su utilidad en general, y su necesidad en multitud de casos dados, para todos los que tienen que hablar sobre un

asunto cualquiera con el fin de persuadir á los demas; sin embargo, persuadido de mi insuficiencia y escasez de talento, no me lisonjeo de haberlo conseguido; vuestra ilustracion, buen juicio y sano criterio decidirán.

Aqui deberia poner fin á mi discurso; mas no creo inoportuno decir antes algunas palabras acerca del estado literario actual de este Establecimiento, esperando de vuestra mucha benignidad me disimulareis esta divagacion, en gracia de la importancia del objeto.

Reunidos de nuevo y en un solo establecimiento el Instituto de Segunda enseñanza y las Escuelas Industriales, de Comercio y Náutica, esta rica y populosa ciudad, de tan grande importancia en la nacion, que encierra multitud de artistas, en la que se egercen tantas y tan variadas industrias, y cuyo comercio, estenso y general con todos los paises, hace que se la considere con razon como una de las primeras plazas mercantiles, posee una Escuela en donde sus hijos pueden adquirir con facilidad los conocimientos científicos y literarios, preparatorios para las carreras facultativas, indispensables para ocupar en la sociedad un lugar distinguido, y necesarios para egercer las industrias, en especial la fabril, con inteligencia y perfeccion, á fin de dar á sus productos la belleza y comodidad que los hagan apetecibles y buscados, y hacer el comercio con la mayor ventaja.

La industria en todas partes se compone de teoría, aplicacion y egecucion; la primera la posee el sabio que estudia el órden y las leyes por las cuales obra la naturaleza respecto del producto que se desea obtener; la segunda la hace el agricultor, el fabricante ó el comerciante, que aplica los conocimientos del sabio á cosas útiles; y la última el obrero, que egecuta el trabajo manual y mecánico indicado por las dos operaciones anteriores. Por lo mismo, no puede una nacion ser perfectamente industriosa sin sobresalir igualmente en estas tres suertes de operaciones, ó, á lo menos, en la segunda y tercera, aunque con la precisa condicion de mendigar los conocimientos teóricos ó científicos de otra mas adelantada que ella. Si es inhabil en alguna de ellas, no podrá procurarse los productos, que son resultados de todas tres juntas, y esto manifiesta ya la utilidad de las ciencias, que á primera vista parece no tiene otro

objeto que satisfacer una vana curiosidad. Así vemos que los pueblos salvages, que no las cultivan, ni son capaces de aprovecharse de las que otros poseen, por mas que sean ágiles y sobresalgan en todos los egercicios del cuerpo y en el trabajo de manos, se ven precisados á comprar los productos de la industria de las naciones civilizadas, en las que el habitante menos rico goza de una infinidad de comodidades y regalos que no disfruta su monarca.

Nada han sido, como ha demostrado la esperiencia, las artes industriales sin el estudio de las ciencias exactas y naturales; cuando al contrario, luego que estas se han cultivado y adelantado, hemos visto sustituirse como por encanto y con éxito brillante, á los medios empleados de antiguo y rutinariamente para los procedimientos de la industria, los aparatos y máquinas debidas á la aplicacion de los conocimientos científicos, y á las artes adquirir con ello un desarrollo y tomar un vuelo notable y general, y al comercio una estension prodigiosa como resultado de ello.

Convencido de esta verdad el ilustrado Gobierno de S. M., celoso siempre del bien público, creó Escuelas industriales, de Comercio y Náutica en diferentes puntos del reyno. La importancia de esta ciudad, que ya tenia de antiguo algunas de estas enseñanzas, no podia ocultársele, y por real decreto de 4 de Setiembre de 1850 mandó establecerlas en ella. En estas escuelas, auxiliadas por el Instituto, se proporciona á la juventud la enseñanza gratuita de la gramática general y castellana, la aritmética, el álgebra, la geometria elemental y descriptiva, la trigonometria plana y esférica, la topografia, la práctica de agrimensura, aforos y demas, el dibujo geométrico, de imitacion, lineal, geográfico é hidráulico; la cosmografia, el pilotage y maniobras, la mecánica y química aplicadas á las ártes, la geografia física y política, la física experimental, la metrologia universal, los sistemas monetarios, reales y convencionales con sus cálculos y egercicios prácticos; la partida doble, teneduria de libros y cambios, la geografia fabril y derecho mercantil; la economia política é instituciones de crédito, y los idiomas frances é inglés, siendo por ello dignas de ser elevadas á la categoria de profesionales, puesto que para serlo no les falta ninguna enseñanza de las que exige el plan orgánico de las Escuelas industriales, á fin de que los iniciados

en las ideas generales, las prácticas y manipulaciones adquiridas en las elementales, puedan llevar mas adelante sus conocimientos artísticos, robustecer y confirmar aquellos con las demostraciones y el razonamiento, pruduciendo la seguridad en las operaciones, y complicándolas lo necesario para comprender los fenómenos de la mecánica y la química, poder apreciar el valor de las primeras materias, seguir la serie de sus trasformaciones sucesivas, obtener con ellas nuevas creaciones, conocer el organismo, movimiento y potencia de las máquinas, y ofrecer, en fin, á los talleres y fábricas entendidos operarios y hábiles constructores.

Si son, pues, tales las ventajas de los preciosos conocimientos que se prodigan en las clases de este Establecimiento, vosotros, ó jóvenes estudiosos, que vais á concurrir á ellas y me escuchais, procurad adquirirlos, y hacéroslos propios con vuestra aplicacion y aprovechamiento; oid con la mayor atencion las lecciones de los ilustrados Catedráticos, mis dignos compañeros, á quienes el Gobierno de S. M., simbolizando su mision en el honroso distintivo de su profesion, ha dado la de difundirlos, como el sol la luz; escuchad con entera confianza sus advertencias y consejos, dictados siempre por el mas ardiente deseo de vuestro aprovechamiento, y recibid con sumision hasta los castigos que vuestras faltas les obliguen á imponeros, si bien con el dolor de padres, que solo desean dirijir á sus hijos, estraviados del buen camino, por el que los ha de conducir al término deseado, que es su felicidad propia y la mayor utilidad de la sociedad. He dicho.